Irak: la historia, la razón y el azar

Héctor López Aréstegui

¿Qué preocupa más a la opinión pública mundial, las consecuencias de atacar Irak o el no hacerlo? Esta es la pregunta clave en el largo debate entre los partidarios y detractores de la política norteamericana hacia Irak. El clima de tensión y ansiedad que rodea al dilema no permite respuestas claras, pues, cada día, aparecen contradicciones y nuevos argumentos en favor y en contra del choque con Irak. En este artículo, intentaremos dar la información necesaria para entender la crisis iraquí y, de este modo, el lector podrá arribar a una conclusión propia.



Bombardeo sobre Bagdad.

CONOCIENDO AL ADVERSARIO: IRAK

No se exagera al decir que la historia de Irak es la historia de Medio Oriente a lo largo del siglo XX. Irak nació como nación fruto del reparto del antiguo Imperio Otomano entre ingleses y franceses al finalizar la Primera Guerra Mundial. En el curso de esta, fuerzas anglo-indias tomaron militarmente los vilayatos de Mosul, Bagdad y Basora, que se encontraban, hasta entonces, bajo la soberanía otomana desde 1638.

La Sociedad de Naciones otorgó en mandato estas antiguas provincias otomanas a Gran Bretaña en 1920. En 1921, aún bajo mandato británico, el emir hachemita Faisal es elegido rey (1921- 1933). En 1926, Gran Bretaña impone a Turquía un tratado por el cual esta última nación cede a Irak la provincia kurda de Mosul, rica en petróleo. Al año siguiente, se funda la Irak Petroleum Company, un consorcio de compañías petroleras británicas, francesas, holandesas y norteamericanas. Entretanto, el rey Faisal negocia con los británicos el fin del mandato establecido por la Liga de Naciones. Este llega a su fin en 1930, cuando ya Gran Bretaña había asegurado para sí la explotación comercial del crudo y su transporte a través de un oleoducto hasta la costa mediterránea. La suerte de Irak seguiría ligada a la del Imperio Británico a través de un tratado de alianza militar por veinticinco años, el cual entró en vigor con la admisión de Irak a la Sociedad de Naciones en 1932. Sobre la base de lo estipulado en este tratado, Gran Bretaña ocupó el país entre mayo de 1941 y octubre de 1947; el motivo fue evitar que se consolidara el gobierno pro-alemán que se intentó formar bajo el liderazgo de Rashid Alí. La invasión británica de 1941 –que se organizó apuradamente con fuerzas destacadas en Palestina– fue una de las campañas más sorprendentes de la guerra, pues se hizo bajo el sol del verano en Mesopotamia, con temperaturas que alcanzaban los 40 grados centígrados, sin apoyo de blindados y una débil cobertura aérea. Para junio de 1941, las tropas británicas ya habían colocado un nuevo regente en el poder, el cual era favorable a sus intereses.

La historia moderna del país empieza en 1948, al declararse el inicio del conflicto árabe-israelí. Irak participa en la primera coalición de países árabes que enfrentó al recién nacido estado de Israel. Las consecuencias de la derrota y la dependencia de Gran Bretaña las pagó la monarquía en 1958, al ser



El fantasma de la guerra química.

esta derrocada en un sangriento golpe militar en el que el rey Faisal II (1935 - 1958), la Familia Real y el primer ministro Nuri es-Said fueron asesinados. Siguieron diez años de anarquía militar. El 17 de julio de 1968, el general Hasan al Bakr encabeza un golpe de estado y lleva al poder al Ba'ath, partido del Socialismo Árabe. El principal legado del gobierno del Hasan al Bakr fue el acercamiento de Bagdad a Moscú y la nacionalización de la Irak Petroleum Company en 1972.

El general Al Bakr estableció las bases políticas del Irak actual: una dictadura monopartidista en la que Estado y partido se confunden en todos los estamentos y actividades sociales. En este esquema, el ejército iraquí se encuentra oficialmente "partidarizado" desde 1974. El personal militar recibe adoctrinamiento ideológico constante y la presencia de comisarios del partido en todas las unidades es permanente. Asimismo, el ejército ha sido "tribalizado", es decir que cada grupo étnico del país tiene una cuota de poder e influencia en él a cambio de jurar lealtad al régimen.

A causa de la experiencia 1958 - 1968, ni la partidarización ni la tribalización de las fuerzas armadas iraquíes son suficiente garantía para el régimen del Ba'ath. Su seguridad descansa en la poderosa Guardia Republicana, cuyos efectivos equivalen a dos cuerpos del ejército. Esta logró sobrevivir casi intacta a la operación Tormenta del Desierto, y constituyó el grueso de las fuerzas con las que Saddam Hussein pudo retomar el control de la mayor parte del país después de febrero de 1991. Estas operaciones les permitieron a las tropas de la Guardia Republicana ganar mucha experiencia en guerra urbana, estrategia en la que se basaría la defensa del territorio iraquí en caso de que se produjera la invasión anglonorteamericana. El ejército iraquí de hoy es de menor dimensión en comparación con el del 1991 (de 1'000,000 a 350,000 efectivos), pero se encuentra más cohesionado y dispuesto a ofrecer mayor resistencia al enemigo.

Saddam Hussein[1] está en el poder en Irak desde julio de 1979, luego de la dimisión del general Al Bakr por razones de salud. Según su biografía oficial, Saddam Hussein nació el 28 de abril de 1937, pero habría nacido en realidad dos años más tarde, en la pequeña aldea de al-Awja, en una familia de campesinos pobres. Casi no conoció a su madre, que murió cuando era muy pequeño; y poco a su padre, que también murió cuando él era niño o abandonó el hogar, según diferentes versiones de sus biógrafos.

Fue un tío materno, Khairalá Tulfáh, quien lo crió. El ámbito de Saddam Hussein fue la ciudad de Tixrit, de donde son muchos de los clanes familiares, los militares y agentes secretos de su máxima confianza. Los altos mandos políticos y militares están integrados por parientes y "fieles" de los clanes de Tixrit. También de Tixrit son los hombres de la Seguridad Especial de la Guardia Republicana, unos 30 mil soldados seleccionados.

Se dice que Saddam padece un cáncer incurable, pero esta información no puede ser verificada. Su médico personal, un cubano, afirma que está bien, salvo por una hernia de disco que le provoca dolores

---

1 *Algañaraz, Julio:* Saddam, el gran dictador que siempre supo caer de pie. *Clarín, 18 de enero del 2003.*

en la espalda. El cáncer era linfático, según afirma un libro que acaba de aparecer en París y que se titula "Retrato Total". Saddam es un enigma constante, un hombre siempre a la vista, pero supersecreto. Dicen que no duerme dos veces en el mismo lugar y que muchas noches las pasa en casas de gente común. Desaparece sin dejar rastro, acompañado por sus "fieles", listos para dejarse matar por él.

ESTADOS UNIDOS: LA BÚSQUEDA DE UNA RAZÓN

Se dice que una imagen puede decir más que mil palabras, y las caricaturas del movimiento anti-guerra norteamericano sugieren mucho, pero no responde totalmente a todo el espectro de respuestas a esta pregunta clave: ¿Por qué Estados Unidos quiere, con tanta vehemencia, derrocar a Saddam Hussein?

Hay argumentos en contra y a favor de que esta guerra sea por el control del petróleo iraquí. Los antecedentes históricos en favor de que esta sería una guerra por el petróleo iraquí son muchos. En los años cincuenta, la CIA apoyó un golpe de estado contra el primer ministro iraní Mossadegh, quien defendía la decisión del parlamento de su país de nacionalizar las propiedades e instalaciones de la Anglo Iranian Oil Company en 1951. Esta decisión provocó un boicot británico al año siguiente y, en 1953, el golpe del general Fazlollah Zahedi. Esta política de defensa de la seguridad energética de los Estados Unidos no tuvo nombre hasta 1980, cuando el entonces presidente Jimmy Carter declaró tajantemente que cualquier esfuerzo por obstruir el flujo de petróleo del Golfo Pérsico sería considerado como un "ataque a los intereses vitales de los Estados Unidos de Norteamérica" y que este sería "repelido por todos los medios necesarios, incluida la fuerza militar". Desde entonces, la llamada "Doctrina Carter" justifica la presencia de fuerzas navales estadounidenses y europeas para la protección de los buques petroleros que entran y salen del Golfo Pérsico. Sí, amigo lector, se trata del mismo Jimmy Carter a quien se le otorgó el premio Nobel de la Paz.

Además, no es un secreto para nadie que muchas de las figuras de la actual administración norteamericana han salido de la industria petrolera. Dos personajes destacan por su interés en el tema de la seguridad energética: el vicepresidente Dick Cheney y el secretario de Defensa Donald Rumsfeld. Ambos empezaron sus respectivas carreras políticas durante la presidencia de Gerald Ford en 1974. Por entonces, el embargo del petróleo árabe había desencadenado formidables conmociones económicas que, a la postre, condenaron al fracaso a la administración Ford. Cheney y Rumsfeld forjaron su pensamiento estratégico en esa época, de allí que su mayor obsesión sea evitar que una fractura como la de 1974 vuelva a ocurrir.

Por otro lado, también tenemos los estimados del Departamento de Energía de los Estados Unidos, que son preocupantes. Según este, para el 2025, cerca del 70% del petróleo que se consuma en USA será importado, y no se podrá contar con las fuentes domésticas, pues, para entonces, estarán por agotarse o se habrán ya agotado. Lo mismo sucederá en los países que todavía son fuente alternativa a los países de la región del Golfo Pérsico. De acuerdo con las estadísticas sobre el ratio de reservas de producción petrolera, es decir, la duración de las reservas al nivel de producción actual, cerca del 60% del petróleo recuperable ya se ha producido en Estados Unidos. En el caso de Irak, el ratio es todavía mínimo, apenas el 5.26%. El cambio de régimen en Bagdad implicaría el acceso a 112 billones de barriles de petróleo, además de reservas no exploradas que podrían alcanzar cerca de un cuarto del total de las reservas mundiales.

Sin embargo, las reservas petroleras constituyen un mal indicador del potencial de producción de un país o de una región. La razón: estas no se pueden medir por el petróleo sin explotar, sino por el desarrollo de la industria petrolera de un país, en particular, su capacidad de refinación. Las cifras que se dan con respecto a Irak son, esencialmente, estimaciones de reservas probables en caso de que se realice la inversión correspondiente. La Irak Petroleum Company no cuenta con los recursos para hacer esta inversión por sí sola. Además, los expertos no son optimistas en cuanto al potencial petrolero iraquí. La calidad del crudo iraquí no responde a las necesidades energéticas mundiales desde hace mucho tiempo. Actualmente, Irak exporta alrededor de 1,7 millones de barriles diarios bajo un programa conocido como "Petróleo por alimentos", aprobado por el



Portaviones norteamericano en medio de tormenta de arena.



Buque hospital británico HMS Argus.

Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en su Resolución 986, del 14 de abril de 1995.

"En Irak, la situación ha sido particularmente desastrosa en los últimos 20 años"[2], declara Thierry Desmarret, presidente ejecutivo de *TotalFinaElf*, el gigante petrolero francés. Philippe Boisseau, director general de operaciones en Medio Oriente de la misma compañía, reconoce que les tomaría cuatro años empezar a producir si ganaran un contrato con un nuevo gobierno iraquí.

No obstante, la seguridad energética es solamente uno de los factores en juego. Otro aun más importante es el balance interno de poder en los Estados Unidos. Recientemente, un reputado experto de temas militares, el profesor Richard Kohn, en un artículo publicado en la Revista del Naval War College el verano boreal pasado, advertía sobre la creciente brecha entre civiles y uniformados. Escribe el profesor Kohn: "En los últimos años el control civil de los militares se ha debilitado (...) y hoy las relaciones cívico militares están en peligro. No he detectado una conspiración pero sí los reiterados esfuerzos por parte de las fuerzas armadas para frustrar o evadir la autoridad civil (...) Estoy convencido de que el control civil ha disminuido al punto que se puede alterar el carácter del gobierno y socavar la defensa nacional".

Según el profesor Kohn[3], la tensión cívico-militar comenzó con las primeras (y disparatadas) decisiones de la administración Clinton, como aquella sobre la admisión de homosexuales en las fuerzas armadas. Incidentes y controversias posteriores afectaron aun más la toma de decisiones en materia de seguridad nacional e incidieron negativamente sobre la capacidad de despliegue militar en el exterior y en la confianza de los uniformados hacia sus líderes. En el plano político, la manifestación más clara fue el deterioro de las relaciones entre el Congreso y el Joint Chief of Staff. La elección presidencial del 2000 fue el punto de inflexión de esta contienda: la derrota del candidato demócrata Albert Gore significó un triunfo para el estamento militar, que es mayoritariamente republicano. El 11 de setiembre del 2001, finalmente, dio la victoria al partido militar.

Una guerra contra Irak será el primer examen de la doctrina del Ataque Preventivo, es decir, su enfoque sobre la seguridad nacional ("no podemos darnos el lujo de un comportamiento honorable en política exterior ahora que la presunción de seguridad local no existe", en palabras de Robert Kaplan, autor del libro titulado "El retorno a la antigüedad") y un desquite –por decirlo de algún modo– de las humillaciones de los políticos hacia las fuerzas armadas norteamericanas en Somalia y en Kosovo.

Por cierto, esta visión no es compartida por todo el estamento militar norteamericano. Oficiales de alta graduación retirados, como el general Norman Schwarzkopf, Anthony Zinni y Wesley Clark, se oponen a la invasión de Irak. El general Schwarzkopf declaró lo siguiente para el Washington Post: "Honestamente, me pongo nervioso ante algunas declaraciones de Rumsfeld. Pienso que es mejor esperar y ver qué encuentran los inspectores".

El general Zinni fue más explícito que el general Schwarzkopf en su oposición a la guerra. En un discurso que dio ante el Instituto de Oriente Medio en Washington, declaró: "Si intentamos resolver esta crisis por la violencia, nos iremos por el mal camino. No veo que la violencia sea necesaria. Pienso que la guerra y la violencia son el último recurso que se debe emplear".

LAS CONSECUENCIAS DE UNA GUERRA

Tiene razón el general Zinni. Según las organizaciones humanitarias con sede en Ginebra, Suiza, 900,000 personas más se sumarían a los cerca de 4 millones de iraquíes desplazados en todo Medio Oriente y Europa. Muchos de estos desplazados buscarían refugio en Irán, país que ha asegurado al Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y al Alto Comisariato de la ONU para los Refugiados de la ONU que no les cerrará sus fronteras, como han anunciado que lo harán Kuwait y Turquía. En Irán, ya se están construyendo campos de refugiados a lo largo de la frontera iraquí. Asimismo, la Organización para la Prohibición de las Armas Químicas (OPAQ), con sede en La Haya, Holanda, organiza

2 *Bhushan, Bahree: Tras la guerra no habrá boom petrolero iraquí. The Wall Street Journal, 21 de febrero del 2003.*
3 *Tokatlian, Juan Gabriel:* EE.UU: los militares ganan terreno. *Clarín. 4 de febrero del 2003.*

equipos de descontaminación para el caso de que se lleguen a utilizar estas armas.

La guerra contra Irak no solamente será un desastre humanitario, sino un peligroso juego de estrategia política internacional, pues se tratará del primer paso para la tercera recomposición del mapa de Medio Oriente. La primera, fruto del reparto entre ingleses y franceses de los territorios dominados por los turcos en 1920, marcó la conciencia árabe con el trauma de su debilidad frente al poder occidental. La segunda recomposición estuvo marcada por el nacimiento de Israel y las cuatro guerras entre israelíes y árabes desde 1948, en el marco del acuerdo tácito entre el presidente norteamericano Franklin Delano Roosevelt y el rey de Arabia, Ibn Saud, a bordo del USS *Quincy*, el 14 de febrero de 1945. Este acuerdo fue un matrimonio de razón entre la superpotencia victoriosa de la guerra y un reino árabe ultraconservador: el intercambio de generosas cantidades de petróleo a un precio razonable para el mundo libre por la seguridad en el trono para la familia real Ibn-Saud.

La primera grieta en este acuerdo fue el embargo petrolero contra Occidente en 1973, el cual –como se ha explicado líneas arriba– marcó a dos personajes clave en la crisis presente, el vicepresidente Cheney y el secretario de Defensa Rumsfeld. Luego siguió la Revolución Islámica en Irán (un hecho inesperado, por cierto, pues los funcionarios norteamericanos esperaban ello en Arabia Saudita, no en el Irán del Sha Mohamed Reza Pahlavi). La Primera Guerra del Golfo (agosto 1990 - marzo 1991) dejó una marca aun más profunda: la presencia de tropas norteamericanas en Arabia Saudita. Hoy en día, las críticas contra Arabia Saudita en los Estados Unidos están teñidas de rencor, pues los aeropiratas que estrellaron los vuelos secuestrados el 11 de setiembre de 2001 eran, en su mayoría, de nacionalidad saudita.

Por otra parte, las consecuencias mediatas fuera de la región son igualmente peligrosas. Aliados claves como Japón y Corea del Sur están expresando abiertamente su disconformidad respecto de sus vínculos de defensa con los Estados Unidos. El primero de estos países considera seriamente revisar su estrategia militar de postguerra con el fin de desarrollar su capacidad ofensiva. El segundo pide una revisión total de los vínculos militares con Estados Unidos para equilibrar una relación que se ha ido deteriorando progresivamente.

No se puede dejar de tocar la oposición de Francia y Alemania, que, incluso, ha provocado una ola de francofobia en los Estados Unidos y Gran Bretaña azuzada por la prensa popular, también conocida como la prensa Murdoch. Pero un análisis más sosegado e imparcial deja ver que estas naciones quieren que no se repitan errores del pasado. Ambas tienen viejas experiencias imperialistas que no viene al caso relatar. Su reconciliación –sellada por el Presidente Charles de Gaulle y el Canciller Conrad Adenauer en 1964– es un hito en la historia mundial. Su oposición es una advertencia muy clara a los Estados Unidos: mejor eviten ese camino, pues nosotros ya pasamos y sufrimos por él.

Estados Unidos haría bien en escuchar consejos como este. El hoy secretario de Estado Collin Powell cuenta, en su autobiografía de 1995, que uno de los libros que más influyo en su vida fue "La calle de la amargura", del corresponsal de guerra francés Bernard Fall. Comentando brevemente el libro, Powell dice que otro habría sido el resultado de la guerra de Vietnam si es que el presidente Kennedy o el presidente Johnson se hubieran tomado un tiempo en leerlo en la casa de descanso presidencial de Camp David. A la semana siguiente, habrían visto la forma más adecuada de salir del pantano que fue Vietnam.

La segunda guerra del Golfo

"La Historia otra vez está en movimiento".
Arnold J. Tonybee

La cita introductoria de la segunda parte del presente artículo no es ornamento retórico. Resume, con la asombrosa capacidad de síntesis que adquieren con los años los grandes historiadores, lo que está ocurriendo en la actualidad. Sí, la historia está otra vez en movimiento, pero no un movimiento de carácter centrífugo sino más bien difusivo. La guerra es uno de los factores que aceleran el proceso de la historia. "Por guerra se ha entendido siempre el obligar a nuestro enemigo a hacer nuestra voluntad"[4]. Esto no ha dejado de ser cierto, pero las relaciones de causalidad de ésta se han complicado en extremos insospechados en la época de Von Clausewitz. Como en 1920, 1948, 1956, 1967, 1973 y 1991, la guerra entra a tallar como el elemento principal en la redefinición del mapa político de Oriente Medio. Pero no debemos dejarnos llevar por el impacto visual de los primeros fuegos bélicos. Recordemos la curiosa pero eficaz visión de la guerra del estratega de la primera guerra del Golfo, el general Norman Schwarz-

4 *Klausewitz, Karl Von: De la Guerra, página 1.*



¿El fin del camino para Saddam Hussein?

kopf [5]: "Los analistas quieren describir la guerra como un ballet, pero no es más que una coreografía muchas veces ensayada que la echa a perder un individuo con una bayoneta persiguiendo a los músicos de la orquesta".

El individuo que porta la bayoneta es Saddam Hussein, la bayoneta las armas químicas y bacteriológicas que se dice guarda el régimen de Bagdad y la orquesta la llamada "Coalición de los dispuestos", formada por Estados Unidos, Gran Bretaña, Australia y otros países que han hecho contribuciones menores de tropas. Todos estos elementos encajan si se sigue la proposición que hace la ministra de Relaciones Exteriores de España, Ana Palacios: "Desde el punto de vista jurídico, el recurso legítimo del uso de la fuerza para desarmar al régimen iraquí de sus armas de destrucción masiva se basa en la concatenación lógica de las Resoluciones 660 (1990), 678 (1990), 687 (1991) y 1441 (2002) adaptadas por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas bajo el capítulo VII de las Naciones Unidas"[6].

He aquí cómo se encadenan esta serie de actos jurídicos internacionales según la ministra Palacios: la Resolución 660 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas estableció que Irak era un peligro para la paz y la seguridad internacionales. La Resolución 678 "autorizó" el uso de la fuerza para hacer frente a la amenaza que representaba Irak. Seguidamente la Resolución 687 estableció el cese de hostilidades entre las fuerzas aliadas y la de Irak, supeditando su reactivación de la Resolución 678 al cumplimiento por parte de Irak de una serie de medidas de cumplimiento obligatorio. Finalmente, la Resolución 1441 se elaboró con el propósito que los inspectores de las Naciones Unidas evaluaran el cumplimiento de las medidas exigidas al régimen. La penalidad por el incumplimiento de éstas es la reactivación de la Resolución 678.

¿Y para qué la frenética búsqueda de la aprobación de una nueva resolución que atribuyera a Estados Unidos y la Gran Bretaña el uso de la fuerza contra Irak? ¿Por qué el intento de ganar el voto del bloque de seis Estados miembros no permanentes del Consejo de Seguridad? La respuesta es sencilla: a diferencia de lo que ocurría antes de la Primera Guerra Mundial, la agresión unilateral es vista como ilegítima. Este principio –por primera vez enunciado solemnemente en el Pacto Kellog– Bryand de 1928 – fue el argumento decisivo para juzgar a los líderes nazis y japoneses en los procesos de Nuremberg y Tokio. Asimismo, las cinco grandes potencias vencedoras de la Segunda Guerra Mundial se apoyaron en él para evitar que en el futuro se repitiera el caso de Alemania y Japón de la primera post-guerra.

Y es en este punto que se debe considerar una de las seis condiciones de la guerra justa, la teoría cristiana – occidental de la guerra: la declaración formal por parte de una autoridad legítima. De la interpretación de todos los argumentos planteados contra la segunda guerra del Golfo, se puede notar el énfasis que se hace en el papel de las Naciones Unidas, esa autoridad legítima para declarar la guerra. Esto es éticamente cierto, más no políticamente. En la Carta de las Naciones Unidas se dice expresamente que la organización no puede declarar la guerra. Una interpretación en contrario sería asumir que las Naciones Unidas son una especie de gobierno mundial, y los Estados miembros sus provincias. Las Naciones Unidas no es un Estado mundial sino el organismo internacional que administra el compromiso político de todos sus Estados miembros de abstenerse de usar en sus relaciones internacionales la amenaza y el uso de la fuerza (artículo 2.4 de la Carta de Naciones Unidas). Sólo queda establecida una excepción, la del artículo 51 de la misma Carta, el derecho de defender el territorio ante la agresión extranjera. Por lo demás debe quedar claro que el poder de declarar la guerra y la paz sigue dentro de la órbita de los poderes del Estado – nación modernos, es más, es en torno a éste sobre el cual se construyó el Estado – nación.

Sin embargo, las declaraciones formales de guerra han sido escasas y muy raras desde el fin de la Segunda Guerra Mundial. La revolución de las relaciones sociales de la guerra –léase la proliferación

---

5 *Arkin, William M. Will Shock and Awe be sufficient?. LA Times. 16 de marzo del 2003.*

6 *Palacios, Ana. La premonición de Saddam. Legalidad y legitimidad de la intervención en Irak. ABC, 19 de marzo del 2003.*

de los sucedáneos de la guerra tradicional, es decir, el terrorismo y la guerrilla, la revolución tecnológica y la globalización– ha hecho que esta solemnidad sea pasada por alto y que nos parezcan acontecimientos remotos como el discurso del presidente Franklin D. Roosevelt de los Estados Unidos ante el Congreso en pleno declarando la guerra al Imperio Japonés el 8 de diciembre de 1941, después del artero ataque a Pearl Harbour. Al igual que en el caso de la guerra tradicional, las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas son la fuente moderna de la legitimidad del uso de la fuerza. La ministra Palacios da como ejemplo de esta situación el respaldo del Consejo de Seguridad a británicos y norteamericanos luego que éstos respondieron el fuego de las armas iraquíes; una violación al mandato de alto al fuego establecido por la Resolución 687, el 14 de enero de 1993.

Queda, entonces, responder sobre el por qué de esta guerra. Aquí entramos en el reino de la contradicción, por decirlo de algún modo, por la confluencia de una variada gama de móviles internos y externos. En el primer caso, nos limitaremos a enunciar el argumento que ésta es una guerra por el petróleo iraquí. Otros elementos –menos conocidos para la opinión pública– también se presentan, como el desbalance en las relaciones cívico – militares en los Estados Unidos.

Entre los móviles externos podemos contar las tensiones y resistencias generadas a partir de la consagración del derecho de injerencia, desde 1991, al aprobarse en el seno del Consejo de Seguridad el que se brinde la protección militar necesaria a los kurdos iraquíes fugitivos de la represión de las tropas del régimen de Bagdad. Otro móvil de igual importancia es cómo los Estados asumen el evidente y a veces dramático deterioro de su autonomía y radio de acción por los efectos de la globalización. En algunos casos la adaptación ha sido pacífica y negociada, como la creación de la zona donde rige la moneda única, el euro, en Europa desde enero del 2002, que implica la renuncia a la soberanía monetaria, y en otros ha conducido a la implosión económica, política y social, como es el caso de la antigua Yugoslavia.

Nada nuevo bajo el sol, a decir verdad. Tal como lo explica el comentarista inglés Frank Johnson[7], la situación actual se asemeja a lo que ocurría en Europa en víspera de la Primera Guerra Mundial. Las presiones de todo tipo –económicas, demográficas, militares, etc– tienen descontentos en mayor o menor tanto a las grandes potencias como a las pequeñas naciones.

Este ambiente de inestabilidad crea las condiciones para que se magnifiquen los recelos entre los actores internacionales. Se hace difícil que se pueda llegar al consenso en muchos temas, entre ellos la paz y seguridad internacionales.

Eventos espectaculares e impensables en un momento se hacen realidad, precipitando la toma de decisiones (en el momento actual, los atentados del 11 de setiembre del 2001). Las declaraciones sobre un nuevo orden mundial vienen y van, y las expectativas acrecientan las tensiones pre – existentes. La movilización no se hace esperar.

Como escribió A.J. P Taylor en su monumental historia de la Primera Guerra Mundial, ¿cómo retroceder cuando ya se ha dado la orden de movilización de las tropas? ¿Cómo se hubiera tomado una orden de este tipo por parte del presidente Bush y del primer ministro Blair de retirar todo el poder militar que ya habían concentrado en Oriente Medio? Tal y como escribió el poeta británico T.S Eliot, "lo que pudo haber sido es una abstracción, una perpetua posibilidad, en el mundo de la especulación".

En este punto dejo a su criterio, lector, la respuesta de la pregunta que inmediatamente se induce luego de haber intentado responder el cómo y el por qué: ¿y ahora que pasará? De las decisiones que tomen los dirigentes de la guerra lo sabremos y podremos respondernos.

7 *Johnson, Frank. The armchair historians are wrong: this is not Munich or Suez. It's Sarajevo. The Spectator, 1 de marzo del 2003.*



***Héctor López Aréstegui**. Nació en Lima en 1972, estudio en el colegio José Olaya en Miraflores. Es Bachiller en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad de Lima y traductor en los idiomas inglés y francés. Tiene en su haber la publicación de diversos artículos sobre temas de actualidad en los diarios El Peruano y El Comercio.*